

minucioso, como lo suponen nuestros críticos; en el curso de su Evangelio, ha omitido otras muchas cosas de que han hablado los otros evangelistas.

Se trata ahora de saber cómo debemos ordenar los hechos, si se debe colocar la presentación de Jesús en el templo y la Purificación de María antes de la adoración de los magos y de los hechos siguientes, ó si debe ponerse después de la fuga á Egipto. Nada nos impide sostener que esta presentación ha sido diferida hasta después del regreso de Egipto.

Según la ley, esta ceremonia debía hacerse cuarenta días después del nacimiento; pero cuando los partos habían sido penosos, cuando la madre ó el niño estaban enfermos, cuando distaban mucho de Jerusalén, la intención de la ley nunca fué la de poner su vida en peligro. El tiempo había sido prescrito, en especial para los israelitas acampados en el desierto al derredor del tabernáculo. *Levit.*, xii, 6. En la Judea, esta ley admitía dispensas y plazos, y al parecer, Ana, madre de Samuel, creyó hallarse en este caso, pues no presentó su hijo al Señor hasta que le hubo destetado. *I Reg.*, i, 22. María, precisada á huir á Egipto para salvar la existencia de su Hijo, tenía derecho de usar del mismo privilegio. No se sabe cuánto duró su ausencia, pero no fué larga, puesto que Heródes murió cinco días después del asesinato de su hijo Antipater, poco tiempo después de la matanza de los inocentes. *Josefo, Antig.*, i, 17, c. 10.

Cierto es que S. Lucas dice: «Después de cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, Jesús fué llevado al templo, para ser presentado al Señor,» *Lúc.*, ii, 22; pero es preciso sobrentender, cuando fué posible cumplir con la ley; la naturaleza de los hechos no permite entenderlo de otro modo.

En esta hipótesis todo se concilia sin esfuerzo; Jesús en Belén es circuncidado ocho días después de su nacimiento, como lo dice S. Lucas; le adoran los magos y es transportado á Egipto; son degollados los inocentes; muere Heródes; vuelve la sagrada familia á Judea, como lo refiere S. Mateo; llévanle á Jesús á Jerusalén, y le presentan al Señor; María se purifica según la ley, como nos lo dice luego S. Lucas, y vuelve á Nazareth con Jesús y José, como lo refieren ambos evangelistas. Es indudablemente cierto que la vuelta á Nazareth sigue inmediatamente al regreso de Egipto, como lo dice S. Mateo, y que se verifica después que los padres de Jesús han cum-

plido todo lo que prescribía la ley del Señor, como lo ha observado S. Lucas. ¿Dónde está la imposibilidad y la contradicción que entre ambos evangelistas quieren encontrar los incrédulos?

Según su preocupación, S. Lucas dice que José, María y el Niño moraron en Belén, hasta que se cumplió el tiempo prefijado para la purificación de María. Se engañan, S. Lucas no lo dice; y de ningún modo insinúa que el viaje para presentar á Jesús en el templo se hizo de Belén á Jerusalén, como lo pretenden nuestros censores; sus objeciones solo se fundan en este falso supuesto. Cuando se quieren poner dos historias en oposición, no debe añadirse nada al texto de una ni de otra.

Parece, dicen los mismos, que S. Mateo ignoró que Nazareth era la morada ordinaria de José y de María. ¿Dónde están las pruebas de esta ignorancia?

Otros han argüido contra el degüello de los inocentes. Véase esta palabra. Algunos intérpretes han creído que Jesús tenía dos años de edad cuando fué adorado por los magos: esta suposición no es necesaria. Véase la *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 185.

Mahometismo. Sistema de religión cuyo autor es Mahoma, impostor árabe, nacido por los años 570, muerto en 631. Aunque el conocimiento de las falsas religiones pertenece más bien á la historia que á la teología, hay derecho para exigir de nosotros una noción del mahometismo. Los incrédulos de nuestro siglo, para deprimir la religión verdadera, se han empeñado en justificar las falsas; varios han intentado hacer la apología de Mahoma y de sus desvarios, y han pretendido que su religión, por absurda que parezca, está fundada sin embargo en el mismo género de pruebas que la nuestra; que un mahometano discurre con tanta sansez como un cristiano, cuando cree que su religión es divina, y trata de infieles á los que no piensan como él. Algunos han llevado la obstinación hasta sostener que el mahometismo es una religión menos impura que el cristianismo.

Tenemos, pues, la obligación de examinar los caracteres de misión con que puede haber parecido revestido Mahoma, y si la religión que ha establecido tiene algunos visos de verdad. El libro que la contiene se llama *Alcoran*, el libro por excelencia, y se atribuye á Mahoma; es la regla de fe de sus sectarios, que por decirlo así adoran todas sus palabras. En ese mismo manantial examinaremos los caracteres personales del legislador de Arabia, la doctrina que ha enseñado,

los medios de que se ha servido para establecerla, y los efectos que ha producido. Nos avergüenza tener que poner en parangón el cristianismo con una religión tan absurda, pero nada debemos descuidar para poner en claro la ceguedad y malicia de los incrédulos. Prideaux, en la vida de Mahoma; Maracci, en su refutación del *Alcoran*, y otros, han hecho ya esta comparación; mas por nuestra parte nos vemos precisados á abreviarla, y perder de esta suerte una parte de nuestras ventajas.

Uno de nuestros filósofos, que ha tomado el tono de legislador en las cosas que menos entendía, ha decidido que debía decirse el *Coran* en vez del *Alcoran*, y la mayor parte de nuestros literatos han adoptado humildemente esta opinión. Por la misma razón ya no podemos decir *alambique*, *alcalde*, *álcali*, *alquimia*, *álgebra*, *almanaque*, etc., por cuanto todas estas voces, tomadas del árabe, llevan el artículo consigo. Solo hacemos esta observación para demostrar la ineptitud de un personaje al cual prodigan sin fundamento el título de *grande hombre*.

I. Se pretende primero que Mahoma nació en una de las más antiguas tribus árabes; en la cual había ocupado su familia mucho tiempo una categoría elevada, por estar encargada de la custodia é inspección del templo de la Meca, edificio igualmente respetado por los cristianos, judíos é idólatras, en memoria de Abraham, ó más bien de su hijo Ismael, y que Mahoma tenía por consiguiente más derechos que ningún otro para erigirse en reformador de la religión de los árabes. Aun cuando fueran ciertos estos hechos, la consecuencia sería nula. La reforma de la religión, y con mucha más razón el establecimiento de una religión nueva, no es un derecho de familia: para esto se necesita una misión del cielo, y Mahoma no la tenía. Siguese tan solo de su nacimiento, que los árabes estaban dispuestos á escucharle más que á otro, y que tenía más ventaja para fascinarlos. Por espacio de quince años se encerró todos los años durante un mes en una cueva del monte Hera, para disponer de esta suerte á los árabes á creer en su misión; al principio solo se anunció como enviado para establecer la antigua religión de Abraham, de Ismael, de Jesús y de sus profetas. Empezó con esto engañando á sus compatriotas: la religión que ha establecido no es la de Abraham, ni la de los judíos sus descendientes, ni la de Jesús, pues á ninguna de las tres se parece. *Mém. des inscrip.*, t. 58, en 12º, p. 277 y 279.

La ignorancia de Mahoma no es un hecho dudoso; él mismo se llamaba *profeta no letrado*, y aun cuando no lo hubiera confesado, lo prueba su libro. Está lleno de fábulas, de absurdos y de faltas groseras en historia, en física, en geografía y en cronología. Es una mezcla extravagante de los desvarios del Talmud, de cuentos sacados de los libros apócrifos que corrian en Oriente, y de algunas tradiciones árabes. Mahoma reunió lo que había oído decir á los judíos, á los arrianos, á los nestorianos, á los etiopios y á sus compatriotas; y demasiado sabía que estos no eran bastante instruidos para contradecirle.

Convencido de que su ignorancia le era absolutamente necesaria para tener buen éxito, prohibió á sus secuaces el estudio de las letras y de la filosofía; es un hecho confesado por los musulmanes. *Brucher, Hist. filos.*, t. 3, p. 15. Esta prohibición se llevó á cabo con exactitud durante más de un siglo, *ibid.*, p. 21; y á consecuencia de esta ley funesta, los califas hicieron quemar la rica biblioteca de Alejandría. Hoy día, aun detestan los musulmanes la imprenta.

¿Pueden acaso los enemigos del cristianismo poner esto á cubierto de semejante baldón? En vano dicen que el mismo Jesucristo no había hecho estudio alguno, que eligió ignorantes para apóstoles suyos, y que S. Pablo desacreditó la filosofía. Jesucristo, iluminado con la divina luz, sabía las letras sin aprenderlas *Joan.*, vii, 15. Confundió varias veces á los doctores judíos. Había prometido el Espíritu Santo á sus apóstoles, y se lo envió en efecto; predicaron el Evangelio en el siglo más ilustrado, á vista de los sabios de Atenas y de Roma, y convirtieron á muchos de ellos. Hasta ahora no han hallado los incrédulos errores en sus escritos. S. Pablo solo desacreditó la falsa filosofía que extraviaba á los hombres, como ciega aun á los incrédulos. En todos los puntos en que se ha establecido el cristianismo, ha ahuyentado la barbarie, y las letras solo se cultivan hoy día en las naciones cristianas. V. LETRAS. Estos hechos son tan incontestables como la ignorancia grosera de Mahoma y de sus secuaces.

La corrupción de sus costumbres no se halla menos probada; nunca hombre alguno ha sido más extremado en la lujuria. No se contentó con tener muchas mujeres, sino que se abrogó el privilegio de despojar á los demás de las suyas; abusó de sus esclavas y hasta de una niña de ocho años. Llevó la impudencia hasta querer justificar sus torpe-

zas con un permiso formal de Dios, y forjó con este intento los capítulos 33 y 36 del Alcoran. No respetó la edad ni los grados de parentesco, ni el decoro público. Pretendió que le era permitido tomar de los despojos del enemigo todo lo que quisiese antes de distribuirlo; de quedarse además con la quinta parte de todo; de cometer asesinatos en la Meca; de juzgar según su voluntad; de recibir regalos de sus clientes, á pesar de prohibirlo la ley; de partir las tierras de otro, aun antes de haberse hecho dueño de ellas; porque Dios le habia dado, decia, la posesion de toda la tierra. Gagnier, *Vida de Mahoma*, t. 2, p. 323, 382, 384, etc. Añadió tambien para sus secuaces el privilegio de ser perjuros, porque él mismo era culpable de este crimen. Despues de haber prohibido la fornicacion en el Alcoran, se entregó á ella; y forjó el capítulo 66, para persuadir que Dios se lo habia permitido por una revelacion. *Notas de Maracci sobre este capítulo.*

Por poco que se haya leído su historia y consultado su libro, se ve que aquel hombre era naturalmente astuto, trapacero, hipócrita, pérfido, vengativo, ambicioso, violento; que un crimen no le costaba nada para satisfacer sus pasiones. Sus mismos secuaces no se atreven á negarlo, y la única excusa que dan es la de decir que Mahoma era inspirado de Dios, como si Dios pudiese inspirar crímenes.

Jesucristo ha dicho resueltamente á los judíos: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?» *Joan.*, viii, 46. Nunca en efecto le han echado en cara otra cosa que el hacer buenas obras el día del sábado, violar las tradiciones de los fariseos, frecuentar los publicanos y pecadores, atribuirse una autoridad divina, hacerse seguir por el pueblo; ¿en qué es contrario todo esto á la ley de Dios? Le condenaron á muerte, no por haber cometido crímenes, sino por haber asegurado que era Hijo de Dios; el juez romano protestó públicamente de su inocencia. En el Talmud y en otros libros de los judíos, solo le acusan de haberse hecho pasar falsamente por el Mesías. A pesar de la malicia con que los incrédulos de todos los siglos han examinado sus discursos y todas sus acciones, nunca han podido hallar nada que fuese verdaderamente digno de censura. Lo mismo se han estrellado con respecto á las lecciones y á la conducta de los apóstoles; y aun cuando no tuviéramos otros monumentos para justificar las costumbres de los primeros cristianos, el testimonio que Plinio el Joven dió de él á Trajano, bastaría para cerrar la boca á nuestros adversarios.

Pero en fin, ¿ha tenido Mahoma algunas señales de mision divina? No solo no ha hecho milagros, sino que ha declarado formalmente que no habia venido para hacerlos. Cuando los habitantes de la Meca se los exigieron como prueba de su mision, respondió que la fe es un don de Dios, y que los milagros no persuaden por sí mismos; que Moisés y Jesucristo habian hecho bastantes milagros para convertir á todos los hombres, y que sin embargo muchos no los habian creído; que los milagros solo servian para hacer mas culpables á los incrédulos; que no era enviado para hacer milagros, sino para anunciar las promesas de la Justicia divina; que los milagros dependen de Dios solo, y que da á quien le place el poder de hacerlos. No podia confesar con mas claridad que Dios no le habia dado tal poder. *Maracci, Prodrom.*, 2ª parte, c. 3.

No ha impedido esto, á la verdad, que sus secuaces le hayan atribuido millares de ellos; pero casi todos son absurdos é indignos de Dios; nadie ha osado atestiguar que los ha visto, que ha sido testigo ocular de ellos; estos pretendidos prodigios solo han sido forjados mucho tiempo despues de la muerte de Mahoma; ningun monumento los confirma, no están ligados con práctica alguna, con ningun dogma, con ninguna ley del *mahometismo*; los primeros propagadores de esta religion no los han alegado para obligar á los pueblos á creer en la mision de su legislador: han dicho: *Creed, sino sereis exterminados*. Hoy mismo, los mahometanos algo instruidos niegan los milagros de Mahoma, *Mem. de las Inscrip.*, tom. 58, en 12º, p. 283; no citan en prueba de su mision mas que el éxito que tuvo, que parece milagroso: ya veremos qué juicio hemos de formar de él. Pero el comun del pueblo cree firmemente todos los pretendidos milagros atribuidos al falso profeta. Para probar los milagros de Jesucristo, no alegamos tan solo el testimonio de sus discípulos, testigos oculares de los hechos, que dicen: «Os anunciamos lo que hemos visto, lo que hemos examinado, lo que hemos palpado,» *Joan.* i, 1; sino la confesion forzada de los judíos, de los paganos, de los primeros herejes interesados en negarlos, de Celso, que vivió poco despues, y que dice haberlo examinado todo. Se han atribuido estos milagros á la magia; pero ninguno ha osado contradecir los relatos de los apóstoles. Estos milagros están tan ligados con nuestra religion que no ha sido posible abrazarla sin creerlos. El mayor de todos, la resurreccion de Jesucristo, consta en

el símbolo, y lo atestigua un monumento erigido por los mismos apóstoles, la celebracion del domingo. Ninguno de estos milagros es ridículo ó indigno de Dios; son obras de caridad, curaciones súbitas, alimentos suministrados á un pueblo entero, resurrecciones de muertos, don de lenguas concedido á los apóstoles para instruir á todas las naciones, etc. Los mismos prodigios han continuado en la Iglesia primitiva durante muchos siglos. Cuando los de Mahoma sean atestiguados del mismo modo, podremos consentir en creerlos.

No se puede, pues, engañar con mas groseria que lo ha hecho un incrédulo de nuestros días, cuando ha dicho que los musulmanes alegan para los milagros de su profeta las mismas pruebas que damos de los de Jesucristo. Crean, dice, que el ángel Gabriel traía á Mahoma las hojas del Alcoran escritas con letras de oro en vitela azul, porque Abubekre, Ali, Aisha, Omar y Otman, parientes ó amigos de Mahoma lo han atestiguado así á cincuenta mil hombres; porque este Alcoran nunca ha sido contradecido por otro Alcoran y jamás ha sido falsificado; porque los dogmas y los preceptos que contiene son la perfeccion de la razon, y porque Mahoma ha conseguido someter á esta ley la mitad de la tierra.

Es falso en primer lugar que los mahometanos algo instruidos crean en el pretendido milagro del ángel Gabriel, y es falso tambien que los parientes y amigos de Mahoma se hayan presentado como testigos del hecho atestiguándolo á cincuenta mil hombres. Puesto que *alcoran* significa *el libro*, es falso que el de Mahoma no haya sido contradecido por otros libros, y además él mismo se contradice. Puesto que nunca ha sido falsificado, nada es mas auténtico que la confesion repetida por Mahoma de que no era enviado para hacer milagros: ninguna prueba puede prevalecer sobre esta. Vamos á ver que los dogmas, la moral, las leyes contenidas en este libro distan mucho de ser razonables, y que el éxito de su autor nada tiene de maravilloso. Todas las pretendidas pruebas de sus milagros son por consiguiente nulas y falsas. No tememos que se destruyan del mismo modo las que damos de los milagros de Jesucristo.

II. Si examinamos la doctrina, la moral, las leyes de Mahoma, ninguna muestra de divinidad veremos en ellas.

La profesion de fe de los mahometanos se reduce á trece artículos, á saber, la existencia de un solo Dios criador; la mision de Mahoma

y la divinidad del Alcoran; la providencia de Dios y la predestinacion absoluta; la interrogacion del sepulcro, ó el juicio particular del hombre despues de la muerte; la reduccion á la nada de todas las cosas, aun de los ángeles y de los hombres al fin del mundo; la resurreccion futura de los ángeles y de los hombres; el juicio universal; la intercesion de Mahoma en este juicio, y la salvacion exclusiva de solo los mahometanos; la compensacion de los daños é injurias que los hombres se hayan hecho mutuamente; un purgatorio para aquellos cuyas buenas y malas acciones se hallen iguales en la balanza; el salto del puente agudo, que conduce los justos al paraíso, y precipita á los malos en el infierno; las delicias del paraíso, que los mahometanos hacen consistir especialmente en los deleites sensuales; en fin, el fuego eterno del infierno. *Reland, Con fes. de fe de los mahometanos.*

Es evidente que Mahoma no es creador de estos dogmas. Habia recibido de los judíos y de los arrianos el de la unidad de Dios, lo entiende como ellos y niega que Jesucristo sea Hijo de Dios; según él, Dios no puede tener un Hijo, porque no tiene mujer; tal es su teología. La predestinacion absoluta es un error de los árabes idólatras; Mahoma mismo habia sido idólatra; este dogma destruye la libertad del hombre, y hace á Dios autor del pecado. Las ideas groseras del puente agudo, de la balanza de las obras, de la compensacion de los daños, de los placeres sensuales del paraíso, son expresiones metafóricas de antiguos escritores que Mahoma ha tomado al pié de la letra. La destruccion de los ángeles y de los hombres y su resurreccion no es mas que un delirio; es el dogma de la resurreccion futura mal entendido y mal expresado por un ignorante.

No debe creerse que estos puntos de doctrina, buenos ó malos, estén claramente expuestos en el Alcoran; están mezclados con una multitud de errores, de fábulas, de puerilidades y obscenidades sacadas la mayor parte del Talmud de los judíos, de los evangelios apócrifos y de historias novelescas que han estado siempre en boga en Oriente; y todo musulman está obligado á creer estos absurdos como otras tantas revelaciones salidas inmediatamente de boca del mismo Dios. Cuando los incrédulos han querido hacer considerar el *mahometismo* como una especie de deísmo, han engañado á las personas poco instruidas; ¿quisiera algun deísta suscribir la profesion de fe de un mahometano? Hay mala fe en no presentar mas que lo me-

nos repugnante de una religion y dejar á un lado lo demás, como si Mahoma hubiera dispensado á sus secuaces de creerlo. Comienza el Alcoran declarando que este libro no admite duda alguna, y que un castigo terrible aguarda á los que no crean en él.

La moral de este impostor es peor aun que sus dogmas, pues prescribe con la mayor severidad ritos y actos exteriores, y parece dispensar á sus sectarios de todas las virtudes. Las purificaciones ó abluciones antes de la oracion, la peregrinacion á la Meca, la circuncision eran usos antiguos de la Arabia; Mahoma los ha conservado, y añade la obligacion de orar cinco veces al dia, dar limosna y observar el ayuno del ramadan que es de veinte y nueve dias. En cuanto á las virtudes interiores, como el amor de Dios y del prójimo, la piedad, la mortificacion de los sentidos, la humildad, el reconocimiento para con Dios, la confianza en su bondad, la penitencia, etc., no hace mencion de ello en el Alcoran; un musulman cree firmemente que, sin la observacion minuciosa y escrupulosa del ceremonial, el corazon mas puro, la fe mas sincera, la caridad mas ardiente no bastan para hacerse agradable á Dios; pero que la peregrinacion á la Meca, ó la accion de beber agua en la que se haya mojado el antiguo ropaje del profeta, borran todos los crímenes. *Observaciones sobre la religion y las leyes de los Turcos, cap. 2.*

Lejos de hacer caso alguno de la castidad, permite Mahoma todo lo contrario, la poligamia, el trato de los amos con sus esclavas, la impudicia mas grosera entre los maridos y mujeres, la libertad de divorciarse y cambiar de mujeres cuantas veces se quiera. Ninguna ley dió concerniente al trato que debia darse á los esclavos, ni condenó la costumbre bárbara de hacer eunucos. Permite la venganza, la pena del talion, la apostasia forzada, el perjurio en materia de religion; y decide que la idolatria es el único crimen que pueda excluir á un musulman de la felicidad eterna.

Menester es que hayan abjurado los incrédulos todo pudor, para decir que el mahometismo es menos impuro que el cristianismo. Cuando han tratado de justificar la poligamia y el divorcio, permitido por Moisés, debieran haberse acordado que este legislador les puso limites, al paso que Mahoma no les puso ninguno. La ley judaica no permitia el matrimonio con extranjeras, ni autorizaba el divorcio sino en caso de infidelidad de una mujer, ni aprobaba el trato de los amos con sus esclavas. Las demás leyes de los judios solo á una nacion estaban impuestas, al

paso que la demencia de Mahoma fué la de querer que las suyas obligasen á todos los pueblos.

Mas ¿qué dirán nuestros tolerantes filósofos de la ley que aquel fanático impuso á sus secuaces? « Combatid contra los infieles, hasta que toda falsa religion sea aniquilada; dadles muerte sin compasion, y cuando los hayais debilitado á fuerza de carnicería, reducid el resto á la servidumbre y abrumadlo con tributos. » *Alcoran, VIII, 12 y 39; IX, 30; XLVII, 4.* No hay ley mas sagrada que esta para los musulmanes; pues se creen obligados, en conciencia, á detestar á todos los que consideran como infieles, á los cristianos, judios, pársis, indios; les es permitida toda clase de injusticias, extorsiones, insultos y amaños, y aun les son mandados; es una de las primeras lecciones que en su niñez les dan; y si el oro no tuviera la virtud de domesticar á esos seres feroces, seria imposible que pudiera habitar entre ellos el que no profesara su religion. *Observaciones sobre la religion y las leyes de los turcos, c. 2, p. 14 y sig.* Sin embargo, ha habido osadía para escribir en nuestra época y repetir veinte veces que los turcos son menos intolerantes que los cristianos.

Seria injuriar á la moral evangélica ponerla en parangon con un código tan abominable como el de Mahoma.

III. ¿Cómo, pues, tuvo su empresa buen éxito? ¿por qué medios obtuvo secuaces? Es como si se preguntase, por qué medios un fanático astuto, intrigante, violento, armado, pudo subyugar á unos hombres ignorantes y viciosos.

Ganó primero á sus mujeres y parientes por ambicion, con la esperanza de adquirir superioridad sobre otras tribus árabes: reconocer su supuesta cualidad de profeta, era aceptarlo por soberano dueño. Obligado á huir de la Meca á los cincuenta y tres años de edad, no se refugió Mahoma en Medina, sino despues de haber recibido el juramento de setenta y cinco habitantes de los principales, que se comprometieron en su defensa y cumplieron su palabra. Desde aquel momento hasta su muerte no dejó las armas de la mano; fueron aquellos diez años una serie de combates contra los árabes idólatras y contra los judios, ó mas bien una pirateria continua, que aun se acrecentó despues de su muerte. Sus sucesores llegaron á ser soberanos de Arabia, con el nombre de *Califas*; y sabido es de que son capaces los árabes cuando los excita el amor del saqueo, siempre dominante en dicha nacion. Véase la vida de Mahoma

por Maracci, y la *Historia universal de los ingleses*, t. 13, en 4º.

Sus victorias cesan de asombrarnos, si atendemos al estado en que entonces se hallaba el Oriente. Los emperadores de Constantinopla, muy debilitados, ya no conservaban en las provincias mas que una sombra de autoridad: el Asia apenas tenia otros habitantes que la escoria de las naciones; ya no eran ni romanos ni griegos, sino una mezcla de toda clase de bárbaros, tracios, iliricos, isauros, armenios, persas, escitas, sármatas, búlgaros, rusos; ninguno de estos pueblos podia ser adicto del gobierno ó de la religion.

El cristianismo estaba dividido en varias sectas que se odiaban. Los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos ó jacobitas, todos divididos entre sí, se reunian para desear la ruina del catolicismo, y los judios tenian menos aversion hácia los mahometanos circuncidados que hácia los cristianos.

Dueños de Arabia, los califas subyugaron el Egipto por la traicion de los coftos eutiquianos, descontentos de los emperadores: estos cismáticos esperaban mejor suerte bajo el imperio de los mahometanos que bajo la dominacion de los griegos; pero se vieron miserablemente engañados, puesto que han sido insensiblemente oprimidos por los árabes y casi reducidos á la nada. Los conquistadores de Egipto no necesitaron hacer incursiones con objeto de sojuzgar las costas de Africa; muy luego fueron llamados á España por los hijos de un rey goda, rebelados contra su padre, y por el conde Julian, descontento de su rey.

Desde aquel momento infestaron el Mediterráneo con flotas de corsarios, invadieron sucesivamente la Cerdeña, la Córcega, la Sicilia, la Calabria; y en la mayor parte de aquellas expediciones, fueron ayudados por los griegos, enemigos jurados de los latinos. En todas las capitulaciones prometieron dejar á los pueblos el ejercicio libre de la religion cristiana; pero no han cumplido su palabra, sino en los sitios en que los antiguos habitantes han conservado bastante fuerza para obligarles á ello.

Los de España habian pasado ya los Pirineos: iban á invadir la Francia, si Carlos Martel no los hubiera detenido á principios del siglo VIII; y sin las victorias de los príncipes normandos en Italia, al principio del XI, hubieran dominado á la Europa entera, sumiéndola para siempre en la barbarie. Las cruzadas de los siglos XII y XIII y las conquistas de los portugueses en las Indias han sido las que quitando á aquella formidable

potencia el recurso del comercio y de las riquezas, han llegado á reducirla al grado de debilidad en que hoy la vemos.

Que unos conquistadores favorecidos por las circunstancias, presentando el Alcoran en una mano y la espada en la otra, hayan establecido el mahometismo en una gran parte del mundo, no es un prodigio: en vano buscaríamos las regiones á las cuales lo hayan llevado los misioneros.

No ha progresado de ese modo el cristianismo. Jesucristo y sus apóstoles han convertido, no dando la muerte, sino padeciéndola; no arrebatando riquezas, sino renunciando á ellas; no por la espada, sino por la cruz. Tres siglos de persecuciones, sufridas con invencible paciencia, desarmaron al fin á los enemigos del Evangelio; pero los mártires que los mahometanos enviaron al suplicio no pudieron dulcificar su ferocidad; la de los bárbaros del Norte ha ido cediendo poco á poco á las caritativas instrucciones de los misioneros; pero la de los musulmanes es todavía la misma hace mas de mil años.

IV. Aun cuando no se supiera, fácil seria ver los efectos terribles que el mahometismo ha debido producir donde se haya establecido. Aquí es donde los incrédulos sobre todo debieron poner el parangon entre aquella religion funesta y el cristianismo; pero han procurado no intentarlo, porque su confusion hubiera sido demasiado palpable.

La corrupcion de ambos sexos, el envilecimiento y servidumbre de las mujeres, la necesidad de encerrarlas y ponerlas bajo la custodia de eunucos, el acrecentamiento de la esclavitud, una ignorancia universal é incurable, el despotismo de los soberanos, el avasallamiento de los pueblos, la despoblacion de las comarcas mas bellas del universo, el odio recíproco y la antipatia de las naciones, son los efectos que constantemente ha producido el mahometismo, y continúa ocasionando en todas aquellas partes donde domina. Solo esta religion ha hecho perecer mas hombres que todas las demás juntas.

Sus secuaces tienen el corazon tan gastado, que no creen que un hombre y una mujer puedan mirarse uno á otra sin pensar en el crimen, ni hallarse solos sin entregarse á la liviandad. Cuando reinaba el cristianismo en Asia, los maridos contaban con la virtud de sus mujeres, pues á pesar de existir entre ellos casi la misma libertad que entre nosotros, no por eso eran peores las costumbres. Los que han escrito que las mujeres turcas, siempre encerradas, tienen generalmente costumbres puras, han sido mal informados;

léanse las *Observaciones sobre la religion, leyes y gobierno de los turcos*, part. 2^a, p. 64, y se verá de qué son capaces. No es el clima, pues, el que las pervierte, sino la religion. En la Etiopia cristiana, las mujeres no están encerradas, y nadie las tacha de malas costumbres. Lo mismo sucedia en las costas de Africa, cuando estaba en ellas establecido el cristianismo.

Persuadidos los mahometanos de la predestinacion y de un destino inflexible, no toman precauciones para mantener la salubridad del aire y prevenir el contagio; cubrense sin repugnancia con los vestidos de un pestífero, dejan podrir los cadáveres de los animales en las calles, etc. Esta pereza estúpida ha hecho del Egipto un continuo foco de peste, la mantiene habitualmente en Asia, la ha hecho nacer con frecuencia en las costas de Africa, y la ha comunicado mas de una vez á la Europa entera.

Uno de los enemigos mas encarnizados que ha tenido el cristianismo en nuestro siglo tiene que conceder, que si no se hubiesen contrarestando los progresos del fanatismo musulman, hubiera perecido la libertad del mundo entero. « Bajo el yugo, dice, de una religion que consagra la tirania, fundando el trono sobre el altar, que parece imponer el silencio á la ambicion, permitiendo el deleite, que favorece la pereza natural, vedando las operaciones delentamiento, no hay esperanza para las grandes revoluciones; la esclavitud queda establecida para siempre. » Montesquieu, despues de haber hecho las mismas observaciones, añade: « La religion mahometana, que solo habla de espadas, obra todavía sobre los hombres con ese espíritu de destruccion que ha fundado. » *Espíritu de las leyes*, l. 24, c. 4. Bayle, al hacer valer las máximas de tolerancia que Mahoma habia fundado, deja pasar en silencio la ley de perseguir que impuso despues á sus secuaces; despues de haber hablado de los convenios que siempre han celebrado con los cristianos, concediéndoles la libertad de religion, se ve precisado á conceder que ejercen siempre una persecucion sorda, á veces insoportable. *Pensamientos sobre el cometa*, c. 244. El autor inglés de las *Observaciones sobre la religion y gobierno de los turcos* confiesa lo mismo, y M. Guys, en su *Viaje literario de la Grecia*, lo confirma. Estos últimos, testigos oculares de los hechos mas dignos de fe que los que nada han visto y solo procuran engañar á los lectores.

El baron de Tott, en sus *Memorias* publicadas en 1784, describió el desorden que reina

en los serrallos de Turquía, la enorme corrupcion de ambos sexos, que es un efecto de la poligamia; el desarreglo de costumbres, el desprecio de las leyes, el despotismo del gobierno, el embrutecimiento de los hombres, males introducidos por el mahometismo en todas aquellas partes donde domina. El *ramadan*, que es la cuaresma de los turcos, no es muy riguroso, sino para el pueblo; entre las personas bien acomodadas, es la melicé que se adormece en los brazos de la hipocresia, y no se despierta mas que para entregarse al placer de los buenos manjares. Un jóven turco, que habia asesinado á su padre, evitó el suplicio por dinero, á pesar de estar pronunciada ya su sentencia. Los hermanos del sultan se encierran en el serrallo y les dan mujeres; pero si tienen hijos, los destruyen. Sus hijas y sus hermanas se casan con visires y grandes del imperio, pero si dan á luz un hijo varon, debe ser ahogado al nacer: es la ley mas pública y que mejor se cumple, etc.

Volney, en su *Viaje á Siria y al Egipto*, hecho en 1783 y 1785, demuestra que el gobierno despótico de los turcos y todas las plagas de la especie humana que arrastra en pos de sí, son un efecto natural é inevitable de la insensata doctrina del Alcoran, t. 2, c. 40, p. 432, etc.

Se nos dice afectadamente que los mahometanos no disputan sobre la religion: son demasiado ignorantes para hacerlo; y lo creen todo por la palabra de su profeta. Hay sin embargo diferentes sectas entre ellos. Además de las de Ali y Omar, que hacen á los turcos y persas enemigos irreconciliables, el príncipe Cantemir cuenta entre ellos doce sectas de herejes; otros las hacen subir á setenta y dos y mas, y milady Montague, en sus *Cartas*, asegura la aversion que mutuamente se profesan.

Los incrédulos, que quieren persuadirnos que el mahometismo es una religion de deístas, pueden convencerse de esta suerte de los saludables efectos que el deísmo produce en el mundo. Si entre los mahometanos se encuentran algunas virtudes morales, provienen de su temperamento y no del espíritu de su religion, pues esta no parece haber sido fundada mas que para abogar el menor germen de virtud.

Pero, dicen nuestros adversarios, no se trata de saber si el cristianismo es verdadero, y si el mahometismo es falso; si el primero está fundado en pruebas sólidas, y el segundo en razones de poca monta; se trata de ver si un mahometano se halla en estado

de apreciar esta diferencia, y comprender la falsedad de las pretendidas pruebas de su religion; si racionando del mismo modo, no tiene un turco tanto derecho para creer en la verdad de su creencia, como le tiene un cristiano de sostener la divinidad de la suya; si, en una palabra, las pruebas de la una no deben causar tanta impresion en el animo de un ignorante como las de la otra.

Contestamos á esto, que la ignorancia es un vicio, hállese en donde quiera; que debe producir en todos los hombres un mismo efecto, que es el error, y que si no lo produce, es por casualidad. Un cristiano y un turco, ignorantes por su culpa, son ambos culpables; el primero resiste á las lecciones de su religion que le manda instruirse, procurándole medios; el segundo debe desconfiar de la suya, puesto que se lo prohíbe: esto es lo que dicta el buen sentido á todos los hombres. Es un absurdo, pues, poner en cuestion si dos ignorantes están igualmente expuestos á equivocarse, y si pueden causar tanta impresion en su ánimo las pruebas falsas como las verdaderas: claro está que el mas estúpido de ambos será siempre el mas excusable.

Dejemos á un lado la ignorancia y la estupidéz, y hablemos de un hombre razonable que procura instruirse. Un turco, desde su niñez, oye á los doctores musulmanes atribuir mil prodigios á Mahoma, ensalzar sobre todo lo maravilloso de su triunfo, decir que cada versículo del Alcoran es un milagro, etc. Si tiene buen sentido, debe preguntar, quién ha visto los milagros del profeta, examinar por qué medios ha triunfado, y en fin leer el Alcoran.

¿Qué pensará, cuando vea que el mismo Mahoma declara que no ha venido para hacer milagros, que serian inútiles, etc.; cuando advierta que nadie los ha visto, que ningun testigo ha osado decir, *estaba presente*; cuando sepa que el mahometismo se ha fundado por medio de combates y victorias sangrientas? Si despues de este exámen, cree todavía en los milagros de Mahoma, ¿será su error inocente é invencible? y si no hace una investigacion tan fácil, ¿á quién echaremos la culpa? Añadamos los absurdos, los crímenes, las fábulas de que está lleno ese libro, y juzguemos si es posible darle fe, sin estar demente.

Diráse que estos absurdos que tan mal nos sientan, no causan la misma impresion en un turco acostumbrado á respetarlos desde su niñez. Pero este respeto de afecto, puramente maquinal y no razonado, no puede servir de

excusa á la prevencion y al error. Aun cuando se obstinase alguno en sostener lo contrario, seguiríase de aquí tan solo que la ignorancia y el error de un mahometano pueden ser moralmente invencibles; y esto no probaria nada.

No nos tomaremos el trabajo de comparar esta disposicion de un turco, con el resultado del exámen que puede hacer un cristiano de los milagros de Jesucristo, y de otros motivos de credibilidad del cristianismo; en otro lugar hemos hablado de ello.

Para formarnos un juicio exacto de Mahoma, de su libro, de su religion, no debemos fiarnos en la vida de este personaje escrita por el conde de Boulainvilliers, que habiendo copiado sin discernimiento á los autores árabes, parece no haber escrito mas que para insultar el cristianismo; el conde de Bonneval, aunque apóstata, habia notado en aquella obra varias faltas esenciales. Véase el *Viaje literario de la Grecia*, por M. Guys, t. 1, p. 478. El prefacio con que Sale ha encabezado su traduccion inglesa del Alcoran, reproducido en frances con la version hecha por Durin, no merece mas confianza que Boulainvilliers. Aquel autor inglés, que parece deísta, disimuló los pasajes mas repugnantes del Alcoran, hizo un paralelo muy falaz entre las leyes de Mahoma y las de los judíos; pero fué refutado con solidez por los autores de la *Historia universal*, t. 15, en 4^o. El de los *Ensayos sobre la Historia general* y de las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* copió á Sale y Boulainvilliers; pero con la infidelidad que solia; quiso pintar á Mahoma como un héroe, y fué copiado á su vez por el redactor del artículo MAHOMETISMO de la antigua *Enciclopedia*: ninguno de los dos han procurado siquiera aparecer verosímiles. En fin, el sabio académico que escribió el paralelo de Zoroastro, Confucio y Mahoma, no habló, en nuestro sentir, de este último con toda sinceridad.

La *Vida de Mahoma*, por Gagnier, y la que hizo Maracci son mucho mas fieles; este último refutó completamente el Alcoran: *Alcorani textus universus*, etc., Patavii, 1698, en fol. Nada sienta que no lo pruebe con los textos expresos de dicho libro y el testimonio de los autores árabes, cuya lengua habia estudiado durante cuarenta años. Pueden consultarse tambien con seguridad las *Memorias de la Acad. de las Inscript.*, t. 32, en 4^o, y t. 58, en 12^o, p. 239; las *Observaciones sobre la religion, las leyes y el gobierno de los turcos*; las *Mem. del baron de Tott sobre los turcos, los tártaros y los egipcios*; el *Viaje de Volney*, etc.

En cuanto á los escritos de los incrédulos que profesaban el deísmo y querian demostrar que el *mahometismo* tiene las mismas pruebas que el cristianismo, que los defensores de una y otra religion racionan del mismo modo, son producciones sobrado viles para que merezcan ser citadas. Además del mal tono que reina en ellas, resalta tambien por todas partes su mala fe, suponiendo :

1º Que las únicas pruebas ó motivos de credibilidad del cristianismo son las profecias y milagros de Jesucristo y de los apóstoles. Hemos demostrado lo contrario en el artículo CRISTIANISMO; hemos expuesto en compendio las demás pruebas, y hay muchas de estas que están al alcance de los cristianos menos instruidos.

2º Suponen los mismos escritores que un simple particular no puede tener otra prueba de los milagros de Jesucristo y de los apóstoles que la tradicion que existe entre los cristianos, y la presuncion que tienen de la buena fe de los testigos que los refrieron; que por lo tanto se hallan en el mismo caso que un musulman con respecto á los pretendidos milagros de Mahoma. La diferencia con todo es palpable. Los de Mahoma son absurdos é indignos de Dios; basta un poco de sentido comun para comprenderlo; no sucede lo mismo con los de Jesucristo y de los apóstoles. Estos están de tal modo incorporados al cristianismo, que no puede este subsistir sin ellos, al paso que el *mahometismo* es absolutamente independiente de los milagros de Mahoma, puesto que los doctores musulmanes no fundan en ellos la verdad de su religion, y no podrian hacerlo sin contradecir el Alcoran. Los milagros de Jesucristo y de los apóstoles son confesados por los enemigos del cristianismo, sin exceptuar al mismo Mahoma; y los de este no solo no los confiesan los sectarios de las demás religiones, sino que los mahometanos mas sensatos los niegan tambien.

Una tercera suposicion de los deístas es que una prueba para ser sólida, debe estar igualmente al alcance de los sabios que de los ignorantes, de aquellos que han recibido una buena ó una mala educacion. Es un absurdo. Es evidente que un ignorante no puede tener tantas pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural como un filósofo, y aun varios incrédulos han sostenido que un salvaje es incapaz de tener una sola. No pensamos del mismo modo; pero si un niño hubiera sido educado desde la cuna en los principios del ateísmo, é instruido en todos los sofismas de los ateos, ¿podríamos asegurar que las

pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural harian mucha impresion en él? Los deístas no han advertido que lo que pretenden recae tan directamente sobre la religion natural como sobre la revelada.

En cuarto lugar, suponen que la conviccion que tenemos de la santidad de nuestra religion y de los saludables efectos que obra, pudiera muy bien ser solo un entusiasmo y un efecto de la educacion, del mismo modo que la creencia que ha concebido un turco en la suya. Pero si el sentimiento interior, el sentido comun, el testimonio de la conciencia no prueban nada, ¿qué medio resta á los hombres para distinguir la verdad del error? Hé aquí el pirronismo establecido. ¿Qué responderá un deísta á los ateos, cuando le sostengan que su confianza en las pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural es un simple entusiasmo y un efecto de la educacion?

Cuando hay escritores tan ciegos que no adviertan estas consecuencias, no merecen ser refutados. Las reflexiones que hemos hecho no son menos sólidas contra los ateos que contra los deístas. Véase RELIGION REVELADA.

Aun cuando nuestros modernos incrédulos no tuvieran otra torpeza que echarse en cara, que la de haber hecho la apologia del *mahometismo*, y de haber osado compararle con el catolicismo, seria esto bastante para que los cubriese de oprobio todo hombre sensato é instruido.

Maitines. V. HORAS CANÓNICAS.

Mal. Hemos tenido y aun tendremos mas de una ocasion de ver que la cuestion sobre el origen del mal ha sido en todos tiempos el escollo de la razon humana. ¿Cómo un Dios creador, omnipotente, soberanamente bueno, ha podido producir *mal* en el mundo? Tal es la dificultad que debemos resolver.

Ninguna ha dado lugar á mayor número de errores que esta, pues ha contribuido mucho á hacer imaginar varios dioses ó genios artifices y reguladores del mundo, de los cuales unos eran buenos y otros malos, y habian puesto cada uno su parte en la construccion del universo. Al formarse esta filosofia entre los orientales, los razonadores redujeron estos dioses ó genios á dos, de los cuales el uno habia hecho el bien, y el otro el *mal*. Entre los griegos, los filósofos fueron de diversos pareceres. Los estoicos atribuyeron el mal á la fatalidad, á la necesidad de todo, á la imperfeccion esencial de una materia eterna; Dios, á quien consideraban como el alma del mundo, no podia, segun ellos, remediarlo. Platon y sus discipulos

echaban la culpa á la poca destreza é impotencia de los dioses inferiores que habian hecho y gobernaban el mundo, lo cual no disculpaba al Dios soberano de haberse servido de artistas incapaces de hacer una cosa mejor. Los epicúreos atribuyeron todo al acaso, y sostuvieron que los dioses entregados al sueño y á un descanso perfecto no se metian en las cosas de acá abájo.

De estas diversas opiniones se originaron mas adelante las diferentes herejias que afligieron la Iglesia. La dificultad de la cuestion parecia aumentarse, desde que la revelacion habia hecho conocer el *mal* acaecido en el mundo por la caída del primer hombre. ¿Cómo persuadirse que Dios, que habia dejado caer la naturaleza humana, hubiese tenido tanto afecto hácia ella para encarnar, padecer y morir, á fin de rescatarla y salvarla? Casi todos atacaron la realidad de la encarnacion: los valentinianos renovaron el politeísmo de Platon, multiplicaron á discrecion los *eonos* ó genios gobernadores del mundo. Los marcionitas, y despues los maniqueos, los redujeron á dos principios, uno bueno y autor del bien, otro malo por naturaleza y autor del *mal*. Hubo varios que renovaron la fatalidad de los estoicos, y creyeron como ellos en la materia eterna. Pelagio, por no caer en los excesos de los maniqueos, sostuvo que los males de este mundo son la condicion natural del hombre, y no la pena del pecado original. Para responder á los maniqueos que le oponian la multitud de crímenes de que está lleno el mundo, pretendió que solo al hombre pertenecia evitarlos todos, y hacer constantemente el bien sin tener necesidad de ningun auxilio sobrenatural. Los predestinacionistas y sus sucesores creyeron cortar la dificultad, atribuyéndolo todo al poder arbitrario de Dios, sin procurar conciliarlo con su bondad.

De este caos de errores han brotado en estos últimos tiempos los diversos sistemas de incredulidad; y en el fondo, no son mas que las antiguas opiniones traídas de nuevo á la escena. Se han renovado en la presente época todas las objeciones de los epicúreos y de los maniqueos contra la Providencia divina, sea en el orden de la naturaleza, sea en el de la gracia; Bayle se aplicó á hacerlas valer. Los socinianos rebelados contra las blasfemias de los predestinacionistas se han hecho pelagianos. Los deístas han argumentado principalmente sobre la escasez con que ha distribuido Dios los dones de la gracia y las luces de la revelacion, sin advertir que hacian causa comun con los ateos, que se que-

jan de que Dios no ha prodigado suficientemente á los hombres los beneficios de la naturaleza. Los indiferentes, mas numerosos que todos, incapaces de desenredar este caos, han deducido que solo el gusto y no la razon es el que decide entre el deísmo y el ateísmo, entre la religion y la incredulidad.

¿Es realmente insoluble la cuestion sobre el origen del mal, tan terrible en apariencia? No lo es cuando se procuran aclarar las palabras, dándoles una idea clara y exacta, cosa que no han hecho los filósofos nunca: esperamos demostrarlo; pero antes debemos examinar, de qué modo ha sido resuelta la dificultad por los antiguos justos, que han sido los primeros filósofos y los primeros teólogos.

Si hemos de hablar con propiedad, esta cuestion constituye todo el asunto del libro de Job; y segun confiesan los sabios, este libro cuenta cerca de cuatro mil años de antigüedad. El error de los amigos de Job era el de creer que un Dios justo y bueno no puede afligir á los hombres, á no ser que lo merezcan por sus crímenes. Job refuta esta falsa preocupacion; es un justo que, padeciendo, hace la apologia de la Providencia.

1º El santo Patriarca hace hablar al mismo Dios, para enseñar á los hombres que su conducta y sus designios son impenetrables, y que á nadie debe dar cuenta de ellos. Les pregunta quién le sirvió de consejero y guia en el modo con que arregló la obra de la creacion, ix, 38; x, xii, xxvi, xxxiii, etc. De aquí sacamos dos consecuencias: la primera, que las mismas razones que justifican á Dios sobre el grado de bien y de mal, de perfeccion ó imperfeccion que ha dado á las criaturas, le justifican tambien sobre la cantidad de bienes y de males, de dicha y de padecimientos que les distribuye; la segunda, que las nociones que sacamos de la conducta y de la bondad de los hombres no son aplicables á la bondad y conducta de Dios. Probaremos la verdad de ambas reflexiones.

2º Job sienta como principio que el hombre está manchado con el pecado desde su nacimiento. « ¿Quién puede, dice, hacer al hombre puro, formado de sangre impura, sino Dios solo? » Que el hombre nunca está exento de pecado á los ojos de Dios, ix, 2; xiv, 4. Las aflicciones que experimenta pueden siempre ser un castigo, y servir para la expiacion de sus culpas.

3º Sostiene que Dios recompensa comunmente en este mundo al justo afligido, y castiga al impío insolente en la prosperidad :